

SUMARIO DEL ESTUDIO

IBERO-AMERICANISMO Y OBRA PAN-AMERICANA

Renace la América a la sombra de España e Italia.—Significación del hallazgo del Nuevo Mundo.—Su influencia negativa en la prosperidad económica de España.—La acción ruinosa de los monarcas.—La hora de la emancipación.—Los deberes de la raza no caducaron en Ayacucho.—*El Plus ultra* del ministro Ojeda.—El Conde de Aranda teme el poder futuro de la América del Norte.—La expansión territorial por compra-venta.—La campaña de Manuel Ugarte como defensor de la supervivencia latino-americana.—Las dragas y los entomólogos de Norte-América en Panamá.—La indemnización territorial que paga México.—Monroe más pacífico que Polk.—Una actitud en Cuba, y otra en Panamá.—La doctrina de Monroe según Martens, Root y Wilson.—El Paraguay contrata funcionarios aduaneros.—La influencia extranjera en Sud-América.—Cada pueblo escoja su suerte, conforme a la doctrina wilsoniana.—La crisis de la población y del territorio en la América del Norte.—¿En dónde se establecerá el incremento de esa población?—Africa ganada a la civilización por Europa.—La gran selva sud-americana.—El mapa del Dr. Herman Ihering.—El abandono de la región amazónica.—¿Habrà otro Colón y otro Pizarro para el Atahualpa criollo?—El reinado de la violencia, según el ministro Quincy Adams.—El futuro choque de las razas blanca y amarilla, según Schurtz.—¿La paz de Versailles es tregua dada a la fatiga y el estrago?—El Pan-americanismo ante las futuras emergencias.—En pos de la matanza internacional, la matanza socialista.—¿Estamos evolucionando de una edad a otra?—Dentro de nuestro gran territorio, representamos el papel del *Enfermo imaginario*.—Receta para nuestro mal.—Espejismos socialistas de bienestar.—Necesidad

de lucha entre las fuerzas creadoras y las fuerzas conservadoras.—Retrocede el pueblo que no progresa.—El mejor derecho a la vida depende del mayor progreso de la cultura.—El futuro no pertenece a los pueblos holgazanes, sino a los que merecen ser dichosos.—Con la despoblación peligra la soberanía.—El problema de la unidad nacional apreciado por Roosevelt: pero no resuelto por nosotros.—Contemplando nuestras poéticas y estériles *Fiestas de la Raza*.—Organismos con que los Estados Unidos anglo-americanos aran aquí en la Raza, y siembran en el alma.—La *Unión Pan-Americana*, los *Congresos científicos*, las *Conferencias femeninas* y otras instituciones pan-americanistas.—Una *Liga Latino Americana*.—Hablan los doctores. L. S. Rowe, Boero, y el Arzobispo de Santo Domingo.—El gigantesco árbol Wanona, de California, y el carruaje halado por cuatro caballos, que pasa por su oquedad.—Paz y concordia en los corazones, equilibrio y reciprocidad en los intereses.—Los hoteles de habla castellana en los Estados de la Unión.—Finalidades pan-americanas.—El españolismo en Sud-América juzgado por la señora Chalmers Adams.—Nueva York en Buenos Aires, según los miembros de la *Sociedad de Conciliación internacional*.—¿Se reflejará nuestro americanismo en España?—Dios y la *Unión Ibero-Americana* en la circular del Marqués de Figueroa.—La divisa patriótica del Dante.—La *Unión internacional Hispano-Americana de Bibliografía y Tecnología*.—Entre América y España no basta “*conocerse y amarse*”.—Tibieza del acercamiento.—¿Provocará el Perú la inmigración española?—La parapleja del organismo nacional.—La Tierra está vacía, seca e inculta.—Algo más podría hacer España.—La literatura sola no dá fruto.—El apostolado optimista y el de Alberto Zum Felde.—El *Huanacauri* dá tiempo para salvar nuestro hispano-americanismo.

Ibero-Americanismo y obra Pan-Americana

Dedicado al ilustre Sr. Dr. Manuel Cicero Peregrino da Silva, Vice-presidente del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro, Catedrático de Derecho y Director General de la Propiedad Industrial, en esa ciudad.

Perdida la América en la inmensidad de los océanos, cual lo estuvo el espíritu humano en las tinieblas que los Bárbaros del siglo V trajeron al Occidente, renace a nueva vida aportando a la civilización las maravillas de su naturaleza, y los tesoros de su seno, intacto todavía, al cabo de tres siglos de universal aprovechamiento. Entra en acción cuando la sabiduría y la belleza de la edad helénica comienzan a desenmarañar el caos de la Feudalidad, desde la Italia dramática y pintoresca de los Médicis, al propio tiempo que la creyente y valerosa España lleva sus armas al confin remoto, y clava su bandera en las cumbres del mundo conocido.

Predilección es que la América renazca para el mayor adelanto de la cultura, entre la hora vespertina de la fe pagana, y la fulgurante, victoriosa ascensión estelar del Cristianismo en la Italia del Pontificado, y en la España de poderosos Reyes, cuna de San Juan de la Cruz, Teresa de Ávila y Jiménez de Cisneros, abadía y cartuja; pero también escuela de las mesnadas del Cid y los tercios del Gran Capitán, patria de los Cortés y los Pizarro, cuya espada ensancha la tierra, y de los caballeros que con don Juan de Austria y Cer

vantes sepultan en Lepanto el poder de la Media Luna. Providencial renacimiento el de América, repito, a la sombra de Italia y España; porque la península del mar Adriático era la sede de la Iglesia triunfante, y la península del mar Cantábrico era la cristianísima monarquía de Fernando el Católico e Isabel de Castilla, iluminada por un Sol siempre levante, inmensamente engrandecida sobre muchas naciones.

Pudo ser así que la civilización moderna tuviese por orígenes, en parte, los resíduos de la antigüedad pagana, y la influencia renovadora del cristianismo, principalmente. Y pudo acontecer así que el hallazgo del Nuevo Mundo significase mucho más como propagación de la Fe, y conquista espiritual autorizada por el Pontífice, que como donación jurídica, gaje de guerra y estupendo lucro material. En este último aspecto, las posesiones de ultramar coadyuvaron, no a la prosperidad, sino a la ruina de España, durante el proceso histórico que antecedió a su emancipación. Aquellos tres siglos transcurrieron en América y España bajo un régimen de absolutismo político y financiero, tan errado como desastroso, si lo que en verdad se anhelaba era aquella prosperidad nacional franqueada solo por la liberalidad de las instituciones, y aquella unificación de ideales fincados en el alma de la raza, y en los intereses del bienestar material, que solo se alcanzan sobre las bases igualitarias del derecho. Si antes nó, hoy síes posible y necesario, particularmente cuando el centenario de nuestra mayor edad se cumple, que los hispano-americanos y los españoles procuremos organizar la fuerza colectiva de la Raza, suprimiendo los mares con el estrecho abrazo del afecto y del interés común, al frente de otras razas, en las luchas de la preponderancia política y comercial.

España fué durante aquellos tres siglos la poseedora, pero no la verdadera usufructuaria de América. No recojió el provecho derivado de la identidad existente entre las ramas y el tronco que, a semejanza del coloso griego, alzaba su robusto organismo sobre las opuestas orillas de un inmenso mar.

Carlos V engrandece a la monarquía con las armas, pero prepara su impotencia y su ruina, fundando sólida y definitivamente el régimen absoluto que, en daño de España, secunda más tarde la Santa Alianza. Reinando en Alemania y España, en México y el Perú, poseyó tan grande imperio como los de Carlomagno y Napoleón, dirige su política a la dominación universal, y logra que durante más de un siglo, la influencia social y literaria de España prevalezca en Europa; pero dentro de la Península falazmente engrandecida, impone silencio a la Corte, sofoca todo conato de libertad, disuelve la Liga de Avila, sacrifica a los viriles Comuneros de Castilla.

Felipe II ajita a Europa sin vencerla, se apodera de Portugal, y arremetiendo contra Inglaterra, entrega a la furia de la tempestad la *Invencible Armada*. Dentro de España, su despotismo se perfila con las formas del terror: las hogueras del Santo Oficio arden en ambos mundos.

Felipe III, gobernado por su ministro y favorito, arranca a la población y a la riqueza comercial y fabril del Reino, un millón de almas, expulsando a los moros.

Los dos últimos reyes de la rama austriaca, dejan a España totalmente aniquilada y en tal extremo, que Francia, Austria e Inglaterra escojen a su partija en la sucesión de Carlos II, en vida del apocado monarca, cuyo sentir no se consulta.

La guerra político-religiosa de treinta años, entre Alemania y Austria, y las provocadas por las sucesiones de España, Polonia y Austria, que duran más de un siglo, orientan en Europa la política y la diplomacia, hasta la época en que la formidable reacción francesa contra el absolutismo y las monarquías, proclama las dogmas de la libertad y el derecho, bien que extirpando el pasado con los sangrientos excesos de la violencia popular, por mucho tiempo excitada y comprimida.

La renovadora reacción repercute decisivamente en el

Nuevo Mundo, y prepara la emancipación de las colonias, al propio tiempo que el desvarío napoleónico, a punto de sojuzgar a España, la impone un rey extranjero, y consume la vitalidad de los siempre gallardos y heroicos peninsulares, en el supremo, admirable y gloriosísimo esfuerzo de la defensa.

La riqueza metálica extraída de México y el Perú no aprovechó a España. Guerras seculares no solamente la devoran, sino que la gravan con enorme deuda, a la vez que reducen la comunicación de la metrópoli con sus colonias a un solo puerto, y a la Flota combatida por audaces y poderosos corsarios. Más de mil millones de ducados arrancan de las arcas españolas esas guerras, al paso que entraban el comercio, enervan la industria y redoblan el impuesto, formando la ruinosa crisis en que España pierde el dominio de los mares, queda poco menos que incomunicada con sus colonias, y en desfavorable estado para conservarlas al frente de enemigos afortunados.

Al singular fenómeno de empobrecerse cuando el destino ponía a su alcance los sorprendentes tesoros de América, contribuyeron de grave manera, restricciones, impuestos y privilegios de un régimen hacendario opuesto a las normas sabias, que desde Carlos V transfiere a otras naciones por medio del contrabando, gran parte del tráfico comercial. En ciento cuarenta años, la *Armada de la Carrera de Indias* hace cuarenta y dos viajes, y desde 1714 hasta su extinción en 1748, durante treinta y cuatro años, solamente tres. Afir-mase que principiando el siglo XVII, el comerciante extranjero sacaba de España veinte millones de ducados, proveyéndola de las mercaderías que ella consumía y enviaba a sus colonias, y al decir de Montesquieu, valiendo cincuenta millones el tráfico anual de las Indias, España no obtenía de ellos más del cinco por ciento.

II

Si de la Conquista a la Independencia, la posesión de América con título de derecho, no reportó a nuestra amada progenitora el beneficio que era de razón esperar, los vínculos de la naturaleza, más sólidos y duraderos que las históricas soluciones, y juntamente, la sujeción de necesidades análogas, convocan ahora a españoles e hispano-americanos a labores fecundas de libre cooperación, mucho más provechosas a los unos y los otros, que las extracciones metálicas del Coloniaje; y para ello renuevan deberes que lejos de caducar en Ayacucho, son hoy más premiosos que nunca, si se considera que en tiempo no lejano, los intereses de las razas se sobrepondrán en el mundo a los de las naciones. A esos deberes alude el Exmo. Sr. Ministro de España, don Emilio de Ojeda, al pronunciar, el año 1887, las siguientes palabras, en la solemne inauguración de la Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua: "*Sea el Plus ultra* con que América enriquece el blasón de su española madre, nuestro santo y seña en las luchas de la moderna existencia, la afirmación de que más *allá* de las fronteras, más *allá* de los océanos que nos separan, tenemos americanos y españoles otra Patria".

Posible es que al pronunciar estas palabras, el Sr. Ministro tuviera presentes las que el Conde de Aranda dirigió a Carlos III, el año de 1783, acabando de firmar en nombre de España y en unión de Francia en Inglaterra, el tratado en que las tres naciones reconocieron la independencia de los Estados anglo-americanos. "Tiempo vendrá,—predijo el Conde,—en que llegarán a ser coloso muy temible en aquellas vastas rejonas. Su primer paso será apoderarse de las Floridas, para dominar el golfo de México. Estos temores, Sr. demasiado fundados, habrán de realizarse dentro de

pocos años, si antes no ocurriesen otros trastornos más funestos en nuestras Américas”.

Treinta y siete años después, la Florida pasaba al dominio del naciente y temido pueblo, no a rigor de espada, como Filipinas andando el tiempo, sino mediante el título pacíficamente translaticio de compra-venta, imprevisto por el Conde, y discordante, salvo error, con el ideal ibero-americano. Este modo pacífico de adquirir en la vecindad, por la nación en donde cintilan cuarenta y ocho grandes estrellas, discrepará de la lógica igualitaria siempre que el Imperio amarillo se proponga comprar tierras en California. Pagando Monroe a España 25 millones de pesetas, el año de 1819, no hizo más que seguir el ejemplo de Jefferson, en cuyas arcas hubo ochenta millones de francos para adquirir de Francia, el año de 1803, los dos millones y quinientos mil kilómetros cuadrados de la Luisiana, con que hubo tierra para una docena casi de nuevos Estados.

Al método así establecido de comprar y no vender, que entre comerciantes jenoveses abre paso a la Fortuna, aludió muchas veces y vehementemente, el afamado tribuno Manuel Ugarte, durante la campaña que, hacia el año de 1913, hizo en favor de la supervivencia latino-americana. “*El peligro es inminente*”—decía. El que compra el suelo ajeno en este Nuevo Mundo, y no vende el propio, crecerá como aquellos jenoveses, en fortuna y preponderancia. La compra de territorios incluye por accesión el contenido humano, en el cual sufre un desastre la moral que prestigió Emerson. En la influencia demarcada por las irradiaciones del poderoso, sazona y madura el Protectorado. “*Hay que vivir,—decía,—en el centro del continente*”, para comprender todo el posible y nocivo alcance de la influencia y el protectorado, en aquellos medios propensos a la disolución de los vínculos nacionales”. “*He visto yo,—agregaba,—cuán penetrante y disolvente es esta acción que se desarrolla en la sombra*”.

A influjo de su retórica, representábanseme engullidos los americanos de raza española, de la propia manera que

los novillos de succulenta carne, y el terneraje selecto de la pradera, por colúbricos enormes tan poderosos como el *Tigris* de Arizona, el *Confluentus* de Missouri y el *Ceraste* de Nevada, el *Atrox* de Texas y el *Adamentius* de la Carolina del Norte, en cuyas entrañas se deshacen corroídos por el glutinoso jugo gástrico, que desde las fauces ayudó a su inestación.

La mentalidad latino-americano conserva todavía la impresión que Manuel Ugarte produjo en conferencias, diarios y periódicos, a su paso por Montevideo y la Asunción, Río de Janeiro, La Paz y Lima, Ecuador y Colombia, Panamá y Honduras, Nicaragua y Cuba.

La construcción de un canal interoceánico en tierra panameña, es anhelo y necesidad que responden a la más estrecha y provechosa comunicación con todos los pueblos. Las dragas anglo-americanas dan el prodigioso corte, y los médicos y entomólogos de allende el golfo de México, extirpan allí los fermentos de la marisma, y convierten el foco epidémico en modelo de salubridad. ¿Quién realizaría tamaño beneficio, si ellos no aplicaran un apósito de dinero al desgajamiento del árbol colombiano? El cable anuncia que otro desgajamiento territorial ocurre, no en Colombia, sino en Panamá; pero nadie duda de que el nuevo impulso dado así a la causa de la civilización, no lastima ninguna susceptibilidad nacionalista, después de retribuido el derecho que pareció lastimado; de donde no puede inferirse que la América anglo-sajona se conduzca a modo de maniferro ansioso de enarbolar bandera en puertos de Colombia.

¡Cuánta diferencia entre este acto jurídico-notarial, y la indemnización que la Nueva España pagó al presidente Polk, el año de 1845, con sus territorios de Nuevo México, Nevada, Arizona y California, por una guerra que el criollo azteca no provocó!

Notorio es que del año 45 a nuestros días, el proceso de las armas y las soluciones que impone la victoria, dejaron de ser norma de relaciones, entre los pueblos hermanos que

en América nos consideramos abrigados por la doctrina internacional que estableció Monroe, presidente de la Unión anglo-sajona, más pacífico americanista que el presidente Polk. Esta mudanza de método, colateralmente beneficiosa, produjo sus efectos cuando los Agramonte y Maceo, Céspedes y Martí, Aguilera y Máximo Gómez, héroes de la independencia Cubana, pudieron contar con el favor de los Estados Unidos, para vencer, y con su patria potestad para organizarse a manera de república independiente; dos actitudes monroístas de política internacional americana que, contribuyendo sin dañar de tercero a la dislocación de Colombia, dan a Panamá cierta modalidad de república libre, dentro de los senos marítimos de la Unión, y conforme a las exigencias del tráfico naval.

Hay tratadistas de Derecho Internacional público que, como el ruso Martens, escriben que el monroísmo no es un seguro de vida para los americanos de raza latina. Ellihu Root, y otros profesores eminentes se les oponen explicando el sentido de la colateralmente benéfica doctrina. Root, ex-Secretario de Estado, dijo que es "declaratoria basada en el derecho del pueblo norte-americano, para protegerse a sí mismo, como nación; que no podrá ser transformada en declaración conjunta o común a todas las naciones de América, o a un número limitado de ellas"; pero el presidente Roosevelt, hablando en Chicago, el año de 1903, declaró que "si la Nación americana habla con moderación, y por otra parte, construye y mantiene en altísimo grado de ejercicio una escuadra eficaz, la doctrina de Monroe irá lejos".....[palabras leídas en el tomo XXVI de la *Revista de Derecho, Historia y Letras* que Carlos Melo edita en Buenos Aires.

No satisfecho el Gobierno del Salvador con las del señor Root, aprovecha su invitación a entrar en la Liga de las Naciones, para pedir al de Washington, en nota de 14 de Diciembre de 1919, la jenuina interpretación de lo que pensó y quiso decir Monroe. Polk, secretario interino del Departamento de Estado, responde, en 26 de Febrero, que la voluntad de ese presidente fué expresada en el discurso que el

Presidente Wilson dirigió al segundo Congreso Científico Pan-Americano.

Leyéndolo se sabe que la doctrina Monroe "constituyó una advertencia; pero que no hubo en ello promesa alguna de lo que los Estados Unidos se proponían hacer con el Protectorado implícito y parcial que en apariencia trataban de establecer en este Continente". En otro pasaje del discurso se lee que "los Estados de América no han tenido certeza acerca del uso que los Estados Unidos harían de su poder"; que "si la América ha de ser dueña de sí misma en un mundo de paz y de orden, *debe antes establecer los fundamentos de la amistad*, de modo que nadie en adelante dude de ellos; que esto se realizará uniéndose los Estados de América para la garantía mutua de la absoluta independencia política y de la absoluta integridad territorial; que amistosamente se solucionen los conflictos pendientes de fronteras; que los diferendos que surjieren se resuelvan arbitrariamente; y que ningún Estado de uno o otro Continente permita la organización de expediciones filibusteras, ni la organización de pertrechos de guerra, para atacar a los Gobiernos vecinos".

La confianza se restablece, y el Paraguay, que un día meditó la posibilidad de confederarse con la gran República del Norte, contrata en ella los servicios de funcionarios expertos en el manejo aduanero.

Poco a poco se forma así la opinión que atribuye a la cultura difundida en Sud-América por extranjeros, influencia tan honda, principal y decisiva como la que llevaron a Armenia los sacerdotes de Zaratrústa, en la época de los persas Sasanidas, o la que ejercieron los germanos en Roma, los catalanes en Bisancio, o la recibida de europeos en los varios reinos del Africa central. Hay situaciones, por otra parte, en que la patología social es impotente para salvar la vida de los pueblos enfermos, con otra droga que la transfusión de sangre venida del exterior. Me refiero a esos estados de regocijada resignación en que, bien avenida la masa nacional con sus miserias físicas y morales, se confina sosega-

damente en la inercia, se habitúa al ocio, y consagra al placer su vitalidad escasa y su poco dinero.

Recordáremos siempre que el esclarecido apóstol de la Justicia, el Derecho y la Paz, afirmaba en Noviembre de 1915, que en ninguna circunstancia habría el gran pueblo norteamericano de sujetar a su dominio a pueblos soberanos, coartándoles el derecho de escoger su propia suerte. Contados nosotros entre los débiles de la Tierra, nos toca recibir estas arras de su magnanimidad, que despejan y allanan la órbita de nuestros destinos, a cuyo cumplimiento no podemos aportar, so pena de la vida, otra identidad nacional que la formada por la raza a que pertenecemos, el idioma que hablamos, y esa Fe cristiana que inspiró a Colón e Isabel de Castilla, el derrotero del Nuevo Mundo. Para nosotros y nuestra remota descendencia, no hay deberes tan sagrados, ni tampoco intereses tan supremos, como los que nos obligan a conservar sobre toda conveniencia y a costa de cualquier sacrificio, nuestra esencia nacional, nuestra personalidad sud-americana.

La industria y el capital de otros pueblos compartan con nosotros las fatigas y los triunfos del trabajo. Declare en buena hora el doctor Klein, Director de la Oficina de Comercio extranjero y nacional, de los Estados Unidos, que en la América del Sur librarán sus batallas comerciales la Unión Estadunidense y la Europa convalecida; que la supremacía comercial será calificada por la mayor demanda de materias primas; y que los territorios de estas *Comunidades* sud-americanas deben ser llevados al puesto que les corresponde en la economía del mundo. Batallando desde luego, el doctor Klein observa que si durante diez años corridos hasta el de 1921, los Estados de aquella Unión prevalecieron comercialmente en esta parte del mundo, desde entonces Inglaterra les gana terreno en la Argentina y el Brasil, sin embargo de que ellos tienen invertidos tres mil millones de su moneda, en veinte repúblicas hispánicas, manejan treinta y cuatro mil millas de Cable, y educan a considerable parte de la juventud

nacida en ellas. No pregunto qué papel queda a esas repúblicas en el batallar de los que se disputan una u otra hegemónia en el hogar latino-americano; pero escucho en él la voz del sentimiento patrio. Ella dice: Jamás violen ni con la supremacía, ni con la espada, el sagrado suelo en donde la Patria vive, si antes no desapareció cumpliendo su deber el último retoño de la cepa que la viril España plantó en nuestro suelo.

Las afirmaciones del Presidente Wilson trasuntan por completo el sentir de su nación, y serán resguardo eficaz de la autonomía latino-americana, de tal manera que jamás ocurra que otros normandos venidos de Noruega como defensores de Eslavonia, renueven la hazaña de Rurik, su jefe, apoderándose de otra Novogorod. Esas afirmaciones y este resguardo, comparables a la épica relación en que supieron tenerse damas y caballeros, en los días medievales, alcanzarán seguramente significación más ideal y mayor firmeza, cuando, a través del tiempo, la población anglo-americana, superando la capacidad del territorio, se desborde sobre sus actuales muros de retenida, en demanda de otras rejiones propicias a su incoercible expansión, tales como las que halló en América la expansión de Europa.

Dos factores propenden a esta crisis posible. El poderoso incremento de la población, y el inmigrante que ocupa casi toda la tierra labrantía disponible, que allá amenaza invadir hasta el cornijal habitado por residuos de la indiada, y que utiliza ya la estepa, las latitudes de cuarenta grados bajo cero, y el suelo estéril. Millones de acres pertenecen a empresas ferrocarriles. La especulación, por otra parte, ejercida desde Europa, individual y colectivamente, acapara considerables zonas, esperando imponer fabulosos precios a los acrecentamientos futuros de la población. El gran territorio de Texas, adquirido el año de 1845, pasó al dominio privado con tal exceso, que resultó comprada una extensión mayor que la vendida. En un discurso dirigido a la Asociación Americana de Estadística, el profesor Wolfe de la Universidad de Ohio, calcula que si los índices de natali-

dad y mortalidad conservan la relación en que hoy están, dentro de sesenta años habrá doscientos cincuenta millones de almas en los Estados Unidos.

Escritor anglo-americano opinaba, hace muchos años, que no quedaba en su país pedazo de tierra de algún valor, que no estuviese de alguna manera ocupado, y que por entonces el arriendo de la tierra en California y otros Estados, equivalía a un cuarto, y a veces a la mitad del valor de la cosecha. Según él, otra causa presiona en el mismo sentido de la expansión extraterritorial, y es la desfavorable retroacción del desarrollo dado a la industria agrícola, si los bosques talados no se reponen, si las materias fertilizantes no restituyen al suelo la fecundidad quebrantada por el consumo nacional, y por el exceso destinado a la exportación.

Admitida la posibilidad de que las causas señaladas obliguen a los Estados Unidos del Norte, a pedir al resto del mundo albergue igual al que ellos dieron, y dan todavía, a la inmigración europea ¿cuál de los despoblados continentes reuniría condiciones apropiadas para recibir el aluvión humano desprendido de Norte-América? ¿Australia o Africa abrirían sus senos a la influencia dominadora del capital manejado por una raza poderosamente capaz de satisfacer por sí sola, y dondequiera, las exigencias de la cultura, conduciendo la vida local por sus geniales derroteros?

En el aspecto de la despoblación ¿en dónde hay más tierra selvática, a orillas del río africano Zambese, o a las del Amazonas? Alemania, Inglaterra y Francia, Holanda y Portugal anuncian en cinco idiomas que sus exploradores Livingston, Schweinfurth, Stanley, y sus industriales y banqueros se empeñaron, hace más de medio siglo, en civilizar el Africa tenebrosa. En cambio, el Dr. Hermán Ihering nos presenta desde el gran Museo Paulista del Brasil, el mapa de nuestra virginidad territorial, cuya lujuriosa y enmarañada selva, que cubre diez grados de latitud ártica, y cerca de veinte de latitud antártica, está señoreada todavía por el tigre, el puma y la enorme yacumama.

Ved en la pantalla la proyección del mapa que trazó el Dr. Ihering, el año de 1907. Según él, de Quito y Bogotá a Paranaribo y Cayena, Pará, La Paz y nuestra Pampa del Sacramento, la mitad casi de Sud-América, reina la Barbarie con los poderes de la Flora y la Fauna.

Se cohonestaba el abandono en que nuestra incuria deja la región amazónica, diciendo que nos impiden trabajar allí el calor riguroso y la humedad, el pantano, la charca y la tembladera, el mal paso, la abrupta cuesta y los remolinos de Manseriche. La energía y el valor de los que con Orellana, Gonzalo Pizarro y Quesada expedicionaron al corazón de la selva, hace cuatro siglos, desautorizan a los pusilánimes del siglo XX. El pronóstico de Humboldt abrió el camino a los capaces de conquistar la selva.

¿La civilización no reclamará algún día entre nosotros, su imperio? ¿Habrà para el rezagado Atahualpa otro Pizarro, otro Alejandro VI, otra corona extranjera? Por fortuna, la naturaleza defiende, a veces, al hombre que se rezaga.

Opinión jeneralizada es que en México, Centro América y las Antillas es a donde la gran Potencia del Norte, podría llevar su ola humana, si ocurre que el internacionalismo utilitario renueve el viaje de aquellos puritanos que en América hallaron suelo propicio al desahogo de poblaciones rebosantes, y a la efectividad del derecho de expansión.

Para la América del Sur no habría peligro, mientras que existiesen las Repúblicas latinas situadas al norte del istmo, y no claudicara el nuevo internacionalismo que se predica, como evangelio de fraternidad y de solidaridad, en el palacio que alberga a los veinte y un miembros de la familia americana. I cuando todo turbio corriera en tiempo que debemos considerar improbable y remoto, las entidades nacionales sorprendidas hallarían en los poderes seculares de la raza, el refuerzo necesario, para probar de nuevo, que la duplicidad en las relaciones internacionales expone las propias y más vitales conveniencias del mismo que infringe sus deberes, a la retroacción penal del procedimiento empleado.

III

Colocado en un punto de vista distinto, John Quincy Adams, ministro de Estado de la Unión Norte-Americana, pronunció estas palabras en el Capitolio de Washington, el 4 de Julio de 1821, conmemorando el aniversario de su país: "*La América ha visto que probablemente por muchos siglos todavía, el mundo europeo será teatro de continua lucha entre el poder inveterado y el Derecho*"; palabras que durante cuatro años de exterminio, confirmó la guerra universal, cuya tea no apagada, puede renovar en cualquier momento su aterradora desolación, entre los escombros de los mal avenidos luchadores, o a través del Océano que separa la América del Imperio del Sol Naciente, o al empuje de la vorágine rusa, ansiosa de reducir el mundo al polvo de que fué formado. El año de 1900 escribía el sociólogo alemán Schurtz, que la tenacidad de la raza nipona, su número y su emulación con la raza blanca, dan realidad al peligro amarillo; por manera que la lucha entre ambas razas tendrá que ser un acontecimiento.

La situación en que Europa queda, permite preguntar si terminó ya el reinado de la violencia. El tratado de Versailles, débilmente coercitivo, y la Liga de las Naciones ¿representarán al fin y de verdad, otra cosa que la tregua impuesta por la fatiga y el estrago? Palpamos que la gran República no cooperó a solemnizar los compromisos de la paz con la enérgica, diligente resolución que tuvo para asumir las responsabilidades de la guerra. Su expansión política y comercial afecta hoy, no como antes, a las cinco partes del mundo, y centuplica intereses que podrían chocar con la pujante disciplina alemana, o con la virilidad del poderoso Imperio asiático. Su defensa crea necesidades civiles y militares que se esbozan en circuito mayor que el fijado a la política internacional, por la Liga de las Naciones. La liber-

tad de acción que esa República parece reservarse, no cabe en ningún molde cooperativa y diplomáticamente formado. Con previsora mirada considera ella, por lo que se vé, que labrar y consolidar el Pan-americanismo como fuerza decisiva en las futuras emergencias suscitadas entre uno y otro continente, de la una a la otra orilla de nuestros dos océanos, es hoy un ideal de más apremiante cumplimiento que antes. He aquí por qué el Pan-Americanismo, desarrollándose de polo a polo, fundirá en la unidad la heterogeneidad de ambas Américas, de suerte que en cualquier conflicto intercontinental, esté bien organizado el poder máximo de la defensa. ¿Cuál será la parte que haya de tocarnos en el desarrollo de esta política? Voy a decirlo.

La guerra europea y el tratado de Versailles son los antecedentes de la Liga de las Naciones, llamada a establecer y preservar la paz del mundo; pero si los Estados Unidos callan cuándo y cómo se asociarán a ella, son bastantes explícitos para declarar que no consienten en que ningún asunto de carácter americano sea fallado por ella. Corolario de este pan-americanismo prohibitivo es la prohibición correlativa que resulta a las repúblicas hispánicas del Nuevo Mundo, de llevar sus diferendos a la Liga de las Naciones, y aun de incorporarse en ella, ejerciendo su propia soberanía, no limitada por ninguna otra, en el derecho; pero limitada, así, como se vé, en el hecho.....En el desarrollo de esta política, no nos quedaría otra parte que la de la menor edad, la de una nueva figura de coloniaje, en que la independencia del siglo que pasó..... habría fracasado definitivamente para la raza latina.

En pos de la matanza europea, no vino la paz cimentada en el Derecho, sino que salió a flote, reverdecida y prepotente la anarquía social y agraria, sumándose con la anarquía internacional, causante de la paz armada, de la guerra, la miseria y el sufrimiento abrumador que es consecutivo. Subsiste todavía el derecho de exterminar a los pueblos débiles. Todavía no se cree que la guerra sirve para asegurar el lucro del victorioso. El asesinato individual

o colectivo, y la violencia desquiciadora de la huelga, pasan por decisivos argumentos, para lograr de súbito esa nivelación económica de las clases sociales, cuya imposibilidad se deriva de tres factores indestructibles: las diferencias de capacidad natural y adquirida, de uno a otro hombre, el mecanismo del comercio, y las leyes a que se subordina el desarrollo de la riqueza.

De otro lado, y sin que sea necesaria la acción de pueblos y gobiernos, la crisis que experimenta el mundo parece responder a una evolución que semeja el tránsito de una edad que, finalizando con angustia, dará paso a otra que bien pudiera traer consigo la reacción de la solidaridad humana contra los imperialismos egoístas de los pueblos militarmente fuertes, y de las clases sociales que buscan su bienestar en la violación del derecho ajeno, en vez de llevar a su límite máximo la producción del territorio; la cual, si en el nuestro alcanzara el incremento posible, se bastaría para resolver el problema agrario, crear la riqueza pública a favor de potenciosos movimientos industriales, y establecer a firme nuestro equilibrio económico. Por hoy, y frente a las soledades de este maravilloso suelo, a las repercusiones desastrosas de la haraganería, y a la actividad suicidia de las pasiones que nos enloquecen, pienso que, volviéndonos socialistas rojos, partidarios de la mafia, renovamos el cómico desvarío del *Enfermo imaginario*, ridiculizado por Moliere; supuesto que es de todo punto imposible que experimentemos dolencias sociales causadas en otros países por los excesos de la población sobre la capacidad productiva del territorio. En este caso, la crisis social es fenómeno lógico, y una expresión del derecho. Caso diverso es el nuestro. La receta que nos conviene es sencillísima. El sentido íntimo y el amor patrio la dictan a una voz: se irriga, se coloniza, se puebla, se forma con el hombre y el territorio la educación santa y fecunda del *Trabajo*.

Sea la gente docta un David entre la agresión del socialismo nihilista, que no por exótico entre nosotros, se inclina menos que el de Europa a violar a sangre y fuego, las in-

destructibles leyes sociológicas, persiguiendo espejismos de bienestar en la extirpación de las fuerzas espirituales creadoras. Los pueblos pagan las ventajas de la asociación con la ofrenda de su actividad útil, que colectivamente desarrollada se transforma en progreso, en ese movimiento cultural que en un aspecto es condición de vida y necesidad suprema, y en otro, es victoria producida en la lucha siempre empeñada entre las fuerzas creadoras y las fuerzas conservadoras; lucha en que las unas promueven lo nuevo o lo desconocido, y las otras representan la continuidad del espíritu humano en el curso de las evoluciones. Causa legítima de la actividad, ella implica reforma, transición de un estado a otro, mejoramiento que se desarrolla en la órbita de la moral y del orden público.

El atentado rojo pide a la violencia y al crimen, un cambio basado en la supresión de la lucha entre aquellas fuerzas contrarias, creyendo en la perpetuidad de un nirvana consiguiente, violatorio de la naturaleza, que paralizaría el motor, que apagaría la luz, que solo produciría decadencia, holgazanería, inmoralidad, esto es, una situación en que el deseado bienestar rojo es irrealizable, parecida a la abyección de las hordas africanas, o de los salvajes nivelados con las bestias feroces de nuestra montaña.

En el punto de vista nacional, y ante los fuertes a quienes favorece nuestra flaqueza; dolorosa certidumbre es que retrocede el pueblo que no progresa, que no lucha, que no provoca la reacción de las fuerzas espirituales, aplicando al trabajo las energías de la voluntad.

El Derecho Internacional público de Alemania, profesado por las naciones poderosas, estatuye peor suerte. La superioridad de la cultura alemana,—es título, dícese, para aspirar a la posesión de territorio mayor que el del vecino, a quien narcotiza un bienestar estacionario, y conduce al peligro una confianza imprudente. El que se rezaga tendrá que ser dominado por fuerzas mayores que las suyas; porque así lo determina la ley de la lucha por la existencia, y

porque el mejor derecho a la vida lo confiere el mayor progreso de la cultura, en los países, donde, como Alemania, la población creció en número y riqueza.

El futuro,—escribe Schurtz,—no pertenece a aquellos cuyo ideal se reduce al nirvana búdico, o al kef de los turcos, sino a los que merecen ser dichosos. Según él, los pueblos que incrementan su población afianzan sus derechos. Los que se despueblan poseen precariamente los suyos; porque la población es un factor que modifica la estructura social de los pueblos y confirma su personalidad jurídica.

No militaron en la reciente guerra europea, las repúblicas hispano-americanas; mas, no por eso dejaron de participar, no menos que cualquiera de los beligerantes, en la baja de los valores, y en las estrecheces de la miseria.

¿Será improbable que en nueva, y acaso más formidable conflagración mundial, tengan ellas, causa propia que defender?

Dada la situación general en que nos encontramos ¿qué figura haríamos nosotros entonces?

IV

Dirigiéndose a los ciudadanos de Indianápolis, el presidente Roosevelt opinaba que *"en la guerra de la Revolución lo principal era conquistar la Independencia"*; pero que *"inmediatamente después el problema fué mucho más serio: hacer la UNIDAD NACIONAL, y hacernos capaces de un desarrollo ordenado, sin el cual nuestra libertad, nuestra independencia, habrían sido una desdicha, y no una bendición"*.

Esta segunda parte del problema es la que entre nosotros está por resolver. No propendemos a consumir esa *unidad nacional*, de nuestra raza. No promovemos aquel *desarrollo ordenado*, sin el cual no hay organización civil, ni fuerzas militares que afiancen la independencia.

Bien está que celebrando la Fiesta de la Raza, cantemos de año en año a Colón y sus argonautas, a las glorias de la madre España, y al amor filial que nos arrebatara hacia ella; pero tales efusiones esporádicas no son la acción conjunta, metódica, incesante, ejercitada por el sendero que en ambos mundos lleve a la raza a su poderío y grandeza. Cantemos el himno del corazón; pero solidemos a la Patria común, con las fuerza del capital, la industria y el comercio, a la vez que con los lazos del pensamiento.

Los Estados Unidos anglo-americanos no se proponen nacionalizarnos en Nueva York, y sin embargo, bastándoles las exclusivas miras del comercio, organizan la *Compañía Marítima de San Francisco*, cuyos barcos navegarán en nuestras costas, y crean una marina mercante para la carrera sud-americana del mar Pacífico; lanzan un ferrocarril pan-americano a través de la línea ecuatorial, hacen la estadística de nuestras repúblicas, fundan en ellas *Bancos y Cámaras de Comercio*, las convocan a conferencias financieras, y a la celebración de *Congresos Internacionales*, establecen la *Oficina Internacional Americana* y el *Instituto Intercontinental Americano*, multiplican sus periódicos ilustrados de propaganda, logran que en la *Exposición Internacional* de San Francisco, la América Española figure brillantemente a la cabeza de las demás naciones, dictan en sus universidades cursos de historia y de literatura latino-americanas, y de lenguas castellana y portuguesa, y con la pluma del eminente profesor de la Universidad de Columbia, el Dr William R. Shepherd, demuestran las ventajas de la educación en los Estados Unidos, para los estudiantes hispano-americanos. Algo debe hacerse,—escribía Harry Erwin Bard, el año de 1914,—para que los estudiantes de los Estados Unidos acudan a los centros de enseñanza de Río Janeiro, Montevideo,

Buenos Aires, Lima y Santiago de Chile, a conocer la vida intelectual de estos países, y establecer relaciones sociales en ellos. Las fomenta ya,—dice,—el Museo Social Argentino, proponiéndose, bajo la dirección del Dr. Emilio Frers, fundar institutos de personal selecto que compenetrén la vida argentina y la norte-americana, en íntimo contacto y conocimiento recíproco perfecto. Anunciábase aquel año que la República Argentina exhibiría cinco mil volúmenes de obras nacionales en la Exposición de Panamá, que serían cedidos a Washington.

Hace cuarenta años próximamente, que el Congreso Nacional de ese admirable país, dispuso que una comisión de su seno, estudiara y proyectase la manera de estrechar relaciones con las repúblicas de orígenes español y lusitano. Congresos Científicos Latino-Americanos se encargan, hace veinte y cinco años, de estrechar en otras órbitas las deseadas relaciones. Al segundo Pan-americano reunido en Washington, del año 15 al 16, concurrieron las veintiuna repúblicas latinas con doscientos representantes, entre señoras y caballeros, con un bagaje de *ochocientos sesenta y ocho temas*. Era menester discutir allí el mejoramiento social y cívico de los países concurrentes; proyectar allí una *Oficina Pan-americana de educación*; entenderse para crear un tipo de civilización vaciado en molde pan-americano, y establecido por un pueblo internacional que resulte con universidad propia, de la mezcla de tantos pueblos americanos dispersos o incoherentes hasta ahora.

Tuvo por aditamento ese Congreso, una *Conferencia Auxiliar de Señoras*, anunciada por cable a los Gobiernos de Hispano-América, y presidida por la esposa del ministro de Estado, Lansing. Invitáronse a ella a todos los grandes Colegios Femeninos de la gran República, a más de sesenta Escuelas y Universidades de enseñanza mixta, a todos los presidentes de las Federaciones de Clubs Femeninos, cuyo personal pasa de dos millones de mujeres, a los Clubs independientes, y a las señoras latino-americanas residentes o de

paso en Washington. La aceptación fué entusiasta y presurosa en el Perú, Bolivia y Chile, y por el oriente, en Río de Janeiro y Montevideo, la Asunción y Buenos Aires.

La Conferencia debía uniformar el pensamiento y la acción de las mujeres de ambas Américas, para que la cultura sea patrimonio comun, y, pues cada mujer representa un capital internacional, enseñe a sus hijos el nuevo internacionalismo, explicado por la señora Pennybacker. Quedó acordada, para dentro de algunos años, la reunión de nn *Gran Congreso Pan-americano Femenino* de fraternidad y solidaridad, en donde se unifiquen los ideales femeninos, y se resuelvan los problemas educativos y económicos, sociales y políticos, que atañen a la mujer.

Funciona en Nueva York el organismo más poderoso y eficiente de cuantos trabajan por la solidaridad de las naciones formadas en el Nuevo Mundo. *La Unión Pan-Americana*, presidida por Mr. John Barret, centraliza el ideal del americanismo, y prometiéndose realizar uno de los fines humanos de mayor transcendencia, aspira a ser el eje de la política internacional en ambas Américas.

Modesta institución, hace algo de más de quince años, y alojada en casa de alquiler, hoy se aposenta en palacio suyo que vale medio millón de libras esterlinas, dispone anualmente de doscientos mil dólares oblados en gran parte por las naciones cooperantes, posee biblioteca provista de cincuenta mil volúmenes, y edita y distribuye, más que menos, setecientos cincuenta mil ejemplares de gruesa Revista mensual trilingüe, copiosamente ilustrada y nutrida de datos prolijos, que forman la estadística más completa de cada una de las veintiuna repúblicas colombinas. Su propaganda es formidable.

El Canadá, cuyo americanismo no hizo blanco hasta ahora en ninguna parte, está a punto de incorporarse en la *Unión Pan-Americana*, tomando activa participación de considerable entidad al frente del espíritu lánguido y levantisco de los pueblos de origen latino.

Rejada por el Señor Barret, la *Unión* se levanta a modo de pináculo internacional, a no menor altura que la gigantesca estatua neoyorkina de la Libertad, que labró Bartholdi; y con las repúblicas colombinas fomenta un comercio anual que por ahora llega a tres mil millones de pesos, oro, en demostración de que son ellas seguros y liberales consumidores del artefacto anglo-americano, mientras que dure su incapacidad económica y fabril.

El Sr. Barret, enérgico propulsor del nuevo internacionalismo, asistiría a la inauguración del *Pan American College*, que en Panamá abría sus puertas a los hispano-americanos. Secundado por los estadistas que en Cuba y México, Perú, Brasil y Chile orientan la vida nacional, formaría la *Gran Liga de las Américas*, por medio de organismos oportunamente distribuidos, y federativamente relacionados con el núcleo establecido en Washington, a fin de impulsar el progreso, engrandecer la prosperidad, cimentar la fraternidad y la paz, con tal método que se aproveche siempre la influencia que el aumento de la población ejerce en la producción y el consumo, y se robustezca la acción solidaria y cooperativa que en todos los órdenes de la vida, corresponde a cada uno de los países unidos.

Desde Diciembre de 1920 presidía la *Unión Pan-Americana* el Doctor Leo S. Rowe, notable estadista perteneciente a las universidades de Pensylvania, de Halle, en Alemania, de la Plata, en la Argentina y de San Marcos en el Perú; miembro de varias Comisiones relacionadas con las repúblicas latinas, ex-secretario de la Alta Comisión Internacional Americana, y delegado ante la tercera Conferencia de las Repúblicas colombinas, reunida en Río de Janeiro, el año de 1906.

Al recibir su nueva investidura, dijo Mr. Rowe que bajo las normas establecidas, propendería a fortalecer la confianza mutua que debe existir entre las repúblicas invitadas a secundar la política pan-americanista; visto que en algunas de ellas prevalecen reservas que inspiraron el pensamiento de formar separadamente una *Liga Latino Americana*.

Prestijiadas con el mas satisfactorio cumplimiento, estas palabras desvanecerían recelos que en más de una ocasión no se autorizan con prejuicios de jente latina, sino con inadvertencias de la poderosa república amiga nuestra. ¿No es verdad que sofoca y atribula la crisis a que, por razón de cambio, el dólar somete al comerciante que trae a Sud-América, la mercadería del productor norte-americano? La ley que repele de esa república las lanas, las carnes, los cueros, y otros artículos sud-americanos ¿no rompe el equilibrio del interés recíproco? Habló, pues, en razón y derecho el Dr. Boero, Canciller uruguayo, cuando expresó a Mr. Colby, Secretario de Estado, que “la gran República del Norte, en sus relaciones con las del Centro y Sur, *debiera no solo ser justa, sino parecerlo, y procurar que las apariencias concuerden con los hechos*”.

Poco tiempo antes, el Ilmo^o Sr. Adolfo A. Nouel, Arzobispo de la isla Santo Domingo, decía al ministro residente de los Estados Unidos anglo-sajones, contemplando ciertas modalidades de la intervención efectuada allí por el Almirante Knapp: “Usted comprenderá que en la imaginación del pueblo perduran por más tiempo, los efectos de una injusticia y de un atropello, que las consecuencias de mil acciones buenas y ajustadas a la ley”.

La regla de conducta recomendada por el ministro uruguayo y el arzobispo de Santo Domingo, no solo es la piqueta apropiada para allanar las barreras de las lenguas y las tradiciones, sino el propagandista más eficaz del nuevo internacionalismo que enseña la señora Pennybacker, y que se profesa en el Palacio que en Washington tienen las Repúblicas latinas, cuando se las invita a concertar en labor común su organismo embrionario, con los poderes máximos del hermano mayor.

La situación de Haití interesó el año de 1922, a la *Foreign Policy Association* de Nueva York, como a la *National League* de Washington, tanto que pudo parecer renacido en ellas el impulso libertador de Toussaint Louverture. Aboga-

dos y representantes numerosos, oriundos de esos Estados, pidieron el restablecimiento del Gobierno nacional, el retiro inmediato de las fuerzas de ocupación anglo-americanas, y la abrogación del tratado estadounidense de 1915, para reemplazarlo con otro de cooperación amistosa, concertada según las prácticas usuales entre naciones igualmente libres y soberanas; porque, en el sentir de aquellos jefes, habíanse utilizado en Haití las fuerzas militares y la diplomacia de los Estados Unidos, por círculos bancarios neoyorkinos, empeñados en hacer la succión económica, industrial y financiera de Haití y Santo Domingo. A ser exactas tales aseveraciones, la gran República del norte habría llevado el pan-americanismo "*demasiado lejos*", según la expresión del presidente Roosevelt, motivada en otro aspecto americanista, no muy diverso.

Dos años después, tuvo ocasión en Baltimore, Mr. Hughes, Secretario de Estado, para defender la política exterior, respondiendo a los partidos demócrata e independiente con las afirmaciones siguientes: 1º—Se asevera que nuestra política en este hemisferio es imperialista; pero prueba lo contrario nuestro retiro de Santo Domingo; 2º—No es verdad que el Gobierno esté empeñado en negociar concesiones para los ciudadanos de nuestro país.

Se sabe que, en el orden de la naturaleza, un carruaje halado por cuatro caballos, podrá pasar por la oquedad practicada en el gigantesco tronco del árbol *Wanona*, en el bosque Mariposa, Estado de California; pero que en ningún caso el gigantesco *Wanona* pasará a través ni por debajo del carruaje. Basta que esta sea ley de la naturaleza. Hacerla sentir en el menos propicio momento, incomoda, es contraproducente, debilita la confianza que el Pan-Americanismo recomienda a los hermanos de menor edad, y turba la persuasión en que estaban de lo mucho que valen la paz y la concordia en los corazones, el equilibrio y la reciprocidad en los intereses.

Lo que más gratamente ha de sorprender a los latino-

americanos, es que en los Estados Unidos del Norte, ninguno de ellos necesitará valerse de la lengua inglesa, para ser entendido. En este punto, tan a sus anchas se sentirán todos en Nueva York, como en Madrid. Dice *El Noticiero Metropolitano* (The Magazine Guide etc), en su número de Diciembre, que cualquier sud-americano llegado a Nueva York, a bordo de maravilloso transatlántico o de humilde paquebote, creará hallarse en su patria, si se aloja en alguno de los llamados "*hoteles fundamentales de la famosa cadena de Bowman*", sea el *Baltimore*, el *Pennsylvania*, el *Comodoro* u otro, al ver colmada la mayor suma de bienestar, con el inesperado hecho de que la parla castellana, y no la inglesa, es la que allí facilita adivinarle el pensamiento, y satisfacer su deseo, por fantástico que fuere.

Dícese que el enorme esfuerzo pan-americanista, se dirige solamente a destruir las barreras levantadas por la diversidad de lenguas y de tradiciones, a fin de que los pueblos americanos ejerzan en las orientaciones de la cultura, la honda, la decisiva influencia que les corresponde. ¿El múltiple y estrecho contacto probaría que bajo la diversidad étnica, lingüística y geográfica de las formas, son idénticos los espíritus, los anhelos, los intereses? Los recelos y las desconfianzas a que la incomunicación propende ¿se disiparían por completo, barridos por los frutos de la concordia? ¿La apertura estupenda del Canal de Panamá, y la reciente pavorosa guerra, aportarán a la tesis decisivas razones?

Derribando la una las Columnas de Hércules del nuevo continente produce el maravilloso abrazo de dos océanos, y allana la unificación de doscientos y más millones de hombres que, en agrupaciones dispersas, ocupan aquel incommensurable emporio, sin ejercitar hasta hoy el colosal poder colectivo que representan. Esto es verdad.

La guerra, por su parte, abatiendo hasta la extenuación y la miseria la vitalidad de Europa, preludia la hora en que los poderes que la América atesora, impriman al progreso material portentoso y aun no imaginado vuelo, a la vez que,

redimiendo a la especie humana de los flajelos del Mal, y de la cruz del sufrimiento, la conduzcan a los ansiados oasis de su ventura. Esto puede ser verdad.

Frente al poderoso y tenaz esfuerzo anglo-americano, la raza española no está favorecida sino por esos indestructibles e insuperables poderes de la sangre y el idioma: esos dos caracteres que de tan absoluta manera nos identifican con nuestros hermanos de la lejana casa solariega, que, observándonos el año de 1915, escribía la ilustre exploradora y conferencista Harriet Chalmers Adams, miembro de la Real Sociedad de Geografía de Londres, "cómo le pareció más española la América latina que la misma España, cómo en los hermosos mantos usados por las peruanas, en las alpargatas de paja de los campesinos venezolanos, en los bizarros jaeces de los corceles argentinos, la España morisca llegaba a poner, a través de los siglos, un matiz pintoresco en los países sud-americanos". No pensaron así los miembros de la *Sociedad de Conciliación Internacional* que, como Delegados de universidades anglo-americanas, visitaron la América del Sur, el año de 1914. En ninguna parte se sintieron más cerca de Nueva York que en Buenos Aires, según lo escribe Harry Erwin Bard.

¿Qué hacemos en el Perú para que nuestro americanismo se refleje en España? La literatura no basta a la eficacia del acercamiento aquí ni allá, si no conservamos nuestra lengua castellana, en América y España, con amor igual al que inspiró a la *Sociedad Dante Alighieri* su patriótica divisa: "*Protección a la lengua italiana, dondequiera que palpite el alma italiana*".

Por cierto que España no ama su lengua menos que Italia la suya. Así, ella nos ejemplifica instituyendo en Madrid, hace once años, la *Unión Internacional Hispano-Americana de Bibliografía y Tecnología*, a iniciativa de los señores Leonardo Torres y Quevedo, delegado oficial de España ante el Congreso Científico Internacional Americano, Luis Huergo, presidente del Congreso, y Santiago E. Barabino,

presidente de la Comisión de propaganda del mismo. Los movía el deseo de trabajar en beneficio de la lengua castellana, para que ya no sea menester que la sapiencia extranjera sancione nuestra literatura científica, y la ponga en circulación. "Hemos de conseguir,—decían,—que los setenta millo-
« nes de hombres que hablan castellano, no estén, por este
« solo hecho, en situación de inferioridad con relación a los
« que hablan otras lenguas europeas. Hay que depurar y
« perfeccionar,—agregaban,—unificar y enriquecer nuestro
« lenguaje técnico, teniendo en cuenta las exigencias de nues-
« tra gramática, las necesidades científicas, y la mayor o
« menor difusión de los neologismos ya admitidos. Hay que
« hacer un inventario de nuestra producción, ya que, sobre
« ser escasa, apenas la conocemos, por el poco aprecio que
« de ella hemos hecho, y por el alejamiento en que vivimos
« los unos y los otros. Hay que completarla, llenando cier-
« tas lagunas de importancia, de tal suerte que baste saber
« castellano, para enterarse de todo lo fundamental que se
« haya escrito relativamente a una disciplina científica cual-
« quiera".

Sin embargo, muy poco o nada se hace en cumplimiento de tan justificado ideal. En Filipinas, el castellano lucha a brazo partido, con la determinación imperialista que lo destierra, para que señoree el Archipiélago la lengua de las fuerzas ocupantes, dispuestas a desnacionalizarlo. En Puerto Rico, el castellano se abroquela con sus seculares raíces; pero la influencia dominadora que asedia a las repúblicas hispanas, produce la firme acción de las intoxicaciones lentas, pero seguras. ¿A qué se vá reduciendo en ellas el rico léxico, que en su actual pobreza se apuntala ridículamente a cada instante con el galicismo, galicanismo o barbarismo? ¿No es verdad que la sintaxis perdió su valioso cofre de jiros y modismos, tan expresivos como jeniales y pintorescos? ¿La América latina resiste sola tanto embate? ¿Qué hace por ésta y por su propia causa, en semejante duelo de razas, la madre España? La voz más vibrante alzada contra la extirpación del castellano en Filipinas, es la de un ilustre ame-

ricano, hijo de la isla en otro tiempo llamada la Española. Es un hombre solo, es Deschamps quien opone su poderoso espíritu, al intento de arrebatarse a nuestra lengua, los trece millones de almas que pueblan las Filipinas.

El ánimo de la *Unión Internacional Hispano-Americana* es magnífico; no menos su afán de reunir, catalogar y fomentar publicaciones científicas en lengua castellana, pues satisface de modo imponderable vitalísima necesidad. Se pregunta ahora ¿cuál es el contingente americano aportado al cumplimiento del bosquejado programa? Se ignora si los Gobiernos sucesores de España en el Nuevo Mundo, favorecieron ya aquella bien imaginada *Unión*, y si, estrechando el todavía no destruido lazo, procuran realizar en la propuesta esfera los anhelos de la raza.

En suma, de ambos lados falta algo que se asemeje a la poderosa gestión de Norte-América.

Tenga en buena hora la Universidad Compostelana, sección denominada *Biblioteca América*, cuyo objeto es fortalecer los vínculos con que la naturaleza emparentó a españoles e hispano-americanos, según el voto de su fundador don Gumersindo Busto, vecino de Buenos Aires. Resorte será éste "para conocerse y amarse", como él lo dijo.

Fomente la *Unión Ibero-Americana* conferencias históricas y literarias, como las que en su Salón de Actos, dió el año de 1911, el *Centro de Cultura Hispano-Americana*, con la cooperación de esclarecidos ingenios. Acervo intelectual habrá, y no más.

Promediaba el año recién fenecido, cuando en Madrid se decreta la creación de un *Colegio Mayor Hispano-Americano*, de cuya definición y miras se encargó, hace un semestre, el ilustre maestro de la Universidad ovetense, Rafael Altamira. Es obra que responde, por parte de España, a la política de acercamiento intelectual. ¿Tendrá eficacia para robustecer el hispano-americanismo, atrayendo la corriente emigratoria de estudiantes, que caudalosa afluye a Nueva

York? ¿Mejor que Colegio Mayor, o tanto como él, atraerán a la intelectualidad hispano-americana, las *Escuelas Históricas* que en el *Archivo de Indias*, propone abrir el profesor Altamira? Ello es que, organizado el nuevo instituto, tiene o tendrá su sede en la *Casa Lonja de Sevilla*, ocupada en gran parte por el *Archivo General de Indias*.

De otro lado, España logra reunir en Sevilla, en las postimerías del año último, el segundo Congreso español de Medicina, que, por la crecida afluencia de facultativos enviados por las Repúblicas latinas, llegó a caracterizarse como *Primer Congreso Hispano-Americano de Medicina*.

Poco es que España instale en Madrid un *Museo Comercial*, y abra en Panamá una *Exposición Comercial* permanente; poco es que en Buenos Aires haya *Cámara de Comercio Española*, y en Río de la Plata, *Banco Español*; poco, repito, que una *Compañía Transatlántica* navegue entre los puertos españoles y los de México, las Antillas y Sud-América, si la línea de Pinillas solo se emplea en el comercio de los Estados Unidos; y casi nada, que el año de 1900, la *Unión Ibero-Americana* celebrara un congreso en Madrid. Se nos anuncia la llegada del transatlántico *Manuel Arnús* portador de la primera remesa de productos españoles, cuya exhibición en el Perú preparan los organismos que dirijen las *Ferias de Muestras*, de Barcelona y Valencia, las *Cámaras de Industria y Navegación*, y la *Junta Nacional del Comercio Español en Ultramar*. Ojalá que el viaje de ese barco no sea acercamiento esporádico, sino veta sólida que enlace perdurablemente los brazos productores de las dos grandes familias españolas, la de la antigua Hesperia y la americana.

Algo más que todo eso importa la organización de corriente humana entre la América antártica y la España meridional, junto con el establecimiento de relaciones comerciales que entre el Perú y España sean estrechas como el afecto, y tan proficuas como lo anuncian las diferencias continentales y de latitud.

De otro lado, remisa pareció España para concurrir a la

Exposición Internacional con que la República Argentina celebró el primer centenario de su independencia. Sin embargo, hasta el año de 1888, habían llegado a esa República ciento cuarenta y cinco mil inmigrantes españoles, o sea el quince por ciento de la total inmigración realizada hasta entonces. Veintidós años después, la colonia española, distinguida por su laboriosidad, cultura y riqueza, sumaba, como la italiana el año de 1907, un millón de almas.

Preparando la *Fiesta de la Raza* celebrada en Octubre de 1920, el Marqués de Figueroa, presidente de la *Unión Ibero Americana*, se dirige a las repúblicas del Nuevo Mundo. Su circular de Mayo es, sin duda, llamarada del amoroso fuego que la raza encendió así en la península europea, como en tierra americana. El Marqués recuerda la histórica primacía de los pueblos hermanos esparcidos aquí y allá; nota la escasez de medios y recursos para acrecentar del uno al otro territorio, la atracción que dimana del común origen; y aunque no concibe la *Fiesta* como mero solaz y renovación de promesas encaminadas a crear el esfuerzo común, inexcusable le es apartar los ojos de la tierra estéril todavía, para pedir a Dios, causa primera y decisiva, que se cumplan los comunes y poco prácticos anhelos de la familia ibero-americana.

El acto piadoso del Marqués mueve a temer que la *Unión ibero-americana* parezca otro Tántalo encadenado, en aquel mismo punto que la *Unión Pan-Americana* hace figura de Vulcano ardoroso y propotente, forjando en fraguas estuendas el porvenir del Nuevo Mundo, sobre el cual despliega su pabellón de cuarenta y ocho y más estrellas.

V

A ejemplo de la Argentina, provoque el Perú selecta inmigración de España, poniendo en obra los procedimientos con que esa república nos alecciona. Créese organismos administrativos como la *Dirección de Tierras y Colonias*, la *Comisión Inspector de Tierras*, el *Departamento y la Comisaría de Inmigración*. Dicte leyes de *Colonización* semejantes a la Nacional Argentina de 1876, y de *Colonias Agrícolas* como las de Córdoba, Entre-Ríos y Santiago del Estero, que datan de los años de 1883 y 1889. Denos una ley de *Venta de Tierras públicas*, no menos cumplidora que las del Chaco y Neuquen, Santa Fe y Santiago del Estero. ¿Qué se espera para que tengamos ley de *Bosques*, como la Argentina, y ley de protección a los establecimientos industriales? Haya institutos suficientes de enseñanza agrícola, pecuaria y fabril, estaciones experimentales y agronómicas de veterinaria y epizootología: un mundo de orden público, prosperidad y sólida riqueza, todavía desconocido entre nosotros, basado en la movilización de los valores territoriales.

¿Quién convirtió en gigantesco erial este magnífico pedazo del Edén, por cuyos surcos corren las fluviales maravillas llamadas *Amazonas*, *Ucayali*, *Marañón*, *Apurímac*? ¿Quién esterilizó el seno lujurioso de nuestra Flora, que hizo del Perú incomparable cornucopia? ¿Quién cerró las entrañas singularmente ricas de los Andes y sus contrafuertes, de donde brotaron en otros tiempos, ríos legendarios de oro? ¿Por qué la corriente inmigratoria aparta su curso de nuestras fronteras, prefiriendo saturar con su vivificante limo regiones circunvecinas? Ella atiborra los Estados anglo-americanos, engrandece a la Argentina, y unifica ventajosamente la raza en Chile. El ministro de Agricultura, Industria e Comercio, Dr. Beserra Cavalcanti, informa a su Go-

bierno, que del año de 1908 al de 1916 recibió el Brasil un millón casi de inmigrantes, y que las colonias agrícolas establecidas en los estados de Río Janeiro, Espírito Santo, Santa Catalina, San Pablo, Minas Geraes y Paraná, produjeron el último de esos años, algo más de seis mil contos de reis, alrededor de un millón de soles. ¿En la misma senda triunfamos nosotros? ¿En donde está el Moisés que a través del desierto, nos conduzca a la tierra prometida? Acaso no contrasta aquel robusto florecimiento de la vecindad con la paraplejia que sufre nuestro maltratado organismo?

Si, en verdad, no poseemos en la costa del mar Pacífico regiones labrantías tan enormes como el Chubut y el Gran Chaco, Pampa Central y Río Negro, Misiones, Neuquen y Tierra del Fuego, en donde en menos de diez años surgen *cuatrocientas sesenta colonias*, y en un solo año se distribuyen *trescientas mil hectáreas*; es innegable que a orillas del mar Pacífico conservamos eriazas e improductivas, desde que el Inca perdió su imperio, *cuatrocientas mil hectáreas* en ambas márgenes del río de Piura *cuatrocientas cincuenta mil* en las del río Chira, *ciento cincuenta mil* en las del río Tumbes, y *ochenta mil* en Lambayeque, *treinta mil* en el valle de Chicama, y *ciento cincuenta mil* en el de Santa, *cincuenta mil* en el de Nepeña, y *veinticinco mil* entre Cañete y Chíncha, *cien mil* entre Miraflores, Condesuyos y Caichendo, *quince mil* en Ica, y *cincuenta mil* en Moquegua. He aquí millón y medio de hectáreas, cuya irrigación, desde las loables iniciativas del año de 1851, representaba nueve o diez millones de soles que un impuesto sobre azúcares y algodones durante la guerra mundial, habría producido con parte mínima del precio, fantástico por su enormidad, con que el comercio extranjero enriqueció, estérilmente para la Patria, a los afortunados sembradores.

Volviendo España su atención a la que fué en Sud-América, espléndida Corte virreinal, organice una corriente de emigrantes capaces de contribuir en el Perú, como en la Argentina, a la prosperidad nacional, haciendo suyo nuestro

fértil suelo, bien amparada en estas otras latitudes, donde el clima es benigno, y la naturaleza, pródiga. Con las garantías de éxito que les ofrezcamos, relacione las previsiones protectoras con que haya de asistirlos desde el momento inicial de la partida, hasta el del arribo a la nueva patria, creando organismos semejantes a los que funcionan en Italia, de acuerdo con la ley Crispi, de emigración, mejorada por Tittoni, hace veintinueve años. A la protección del emigrante italiano concurren en Italia, las siguientes corporaciones combinadas: la *Comisaría Jeneral de la Emigración*, el *Consejo Superior de la Marina Mercante*, la *Liga Naval*, el *Instituto Colonial*, la *Sociedad Cristóbal Colón* fundada por Monseñor Scalabrini, la *Sociedad Protectora de Emigrantes Italianos*, y entre otras, la *Sociedad Dante Alighieri*, compuesta de *treinta y dos mil socios* divididos en *ciento sesenta y ocho* grupos, de los cuales *ciento treinta y cuatro* se hallan en Italia, y *cuarenta y cuatro*, en el extranjero. Esta pródiga Sociedad funda escuelas, bibliotecas y asilos, da conferencias y edita periódicos.

Algo de esto haga España en cualquiera de los venideros días, si la creación de una corriente emigratoria hacia nosotros, no coadyuvara de pronto a su defensa, contra el desquiciamiento social que, con las armas del terror, procura la fracción ácrata de su proletariado.

No solo en el orden de las Bellas Letras, sino en los transcendentales y patrióticos fines, que social y espiritualmente interesan al Perú y España, dentro de fraternales relaciones, hay labor para quienes se propongan en uno y otro país, extender el radio de su actividad útil al estudio y la resolución de la crisis social, económica y jurídica, en que el mundo antiguo se liquida, y surge otro renovando los cimientos de la vida.

Triunfen con su meritísimo empeño los que en América y España, trabajan por juntar las apartadas ramas de la raza íbera. Quépales la altísima satisfacción de ejercer su apostolado a sabiendas de que la senda de sus desvelos no está

sembrada de primores, por la mano de la diosa de los jardines.

Otro apostolado es, si no me equivoco, el que inició en Montevideo Alberto Zum Felde, el año 1917, con la publicación del *Huanacauri*, libro apocalíptico y cumbre andina, desde donde el autor contempla la realidad y verdad del porvenir sud-americano, esto es, el cumplimiento de ideal novísimo, la maravilla de una civilización de no sospechada originalidad, cuyas raíces serían la unidad producida por la fusión de todas las razas, la ruptura del parentesco étnico con Europa y el coloso Manathan, y el repudio de las leyes, las artes y las ideas, de las industrias, las modas y toda expresión material e intelectual de cultura ajena; sin que pudiéramos ser, no obstante, *síntesis de todas las razas*, cifra y resumen de todos los pueblos antiguos y modernos, cuyas energías reaperecerían en el alma sud-americana, y cuya historia y universal existencia formarían parte de nuestro ser, en el estado de sustancia germinativa, a la manera que el néctar está en la flor, y la miel en el panal. La fuerza de esta orientación consiste,—dice Zum Felde,—en que hallándose Sud-América constitutivamente dentro de nosotros, ella y nosotros formamos una sola entidad, compuesta de cuerpo y espíritu, y existente a modo de jermen y simiente de la nueva y orijinal civilización, cuyos autores y ejecutores seremos nosotros. En esta civilización exenta de influencias europeas o anglo-americanas, se reflejará,—dice Zum Felde,—la personalidad única y sin cotejo de nuestra alma, cuyas fundamentales conquistas deberán ser la libertad espiritual y la emancipación de la conciencia.

La disparidad de miras entre nosotros y Alberto Zum Felde se pronuncia claramente, desde el punto en que el Hua

nakauri exclama: *Oh, Iberia materna, que con tanto dolor y mengua nos pariste*".

Prescindiendo de alegaciones históricas, y tomando el hecho tal cual es, declaro que mi nacimiento en América no impide que ese epifonema me desquicie, conturbe hondamente mi estructura espiritual, y destroce mi naturaleza como una estocada que me diese yo con mi propia mano. A la distancia en que estamos de ser nueva raza sud-americana, típica e inconfundible, no hallo en mí, y bajo la bandera de mi Patria, otra levadura que la española de mis abuelos. Si de esta herencia se me despojara, ignoro qué es lo que podría quedar de mí. Sospecho que ni un pensamiento, ni una palabra, ni una osamenta. Zum Felde finaliza la revelación de su *Huanakauri*, abominando los ojos que "*con miedo se apartan de la realidad*, para refugiarse en las bellas mentiras literarias", o "*en Academia de sonoras lenguas no endurecidas por la austeridad de una gran disciplina*". Hoy por hoy, juzgo que estas apreciaciones son tan dolorosas como verdaderas; mas, concederá el escritor uruguayo que entre el actual embrionario instante y el cumplimiento de su idealidad sud-americana, la naturaleza ha de tramitar uno de esos lentos, preparatorios procesos, con que ella realiza sus perdurables obras, sea que la nébula se transforme en sólido y luminoso planeta, o bien, que la civilización surja del fondo de la barbarie.

No de improviso se allegarán al crisol sud-americano todas las razas del mundo, a formar la esperada amalgama, a recibir el peregrino soplo espiritual, que anime la nueva arcilla imprimiéndola el carácter ecléctico de su origen, el sabor mixto derivado de todos los pueblos conocidos, y de todas las edades que fueron.

Y si es posible que al vaticinado éxito antecedan formaciones históricamente equivalentes a las terciarias y cuaternarias de la corteza terrestre, habrá sobrado tiempo para procurar que en el futuro crisol predominen las identidades de nuestra raza, y para que en este obligatorio afán, las aspiraciones legítimas de la raza, logren satisfacción en alguna parte de la mucha obra que puede caber en la vida de los pueblos latino-americanos, que con buen derecho y unidos por la libertad y la fraternidad al tronco ibero, colaboren en las salvadoras reacciones de la especie humana.

A todos esos éxitos de lentitud procesal, se adelanta hoy el florecimiento de la gran nación anglo-sajona: estructura multiforme de razas, culturas y naciones, que se ajiganta por instantes, de la misma manera que en la mano de un fakir vejeta, florece y dá fruto la gramínea, entre uno y otro parpadeo del atónito espectador. Así crece en materia, y a este compás evoluciona su espíritu, de la libertad que el puritano anheló para sí, hacia la supresión de la libertad que también es soberanía y derecho ajeno.

¿Qué pensára Washington, si viera cómo la fuerza noble que dió él a su pueblo, se trueca poco a poco, de éjida de la libertad común, en arma que los débiles comarcanos contemplan con zozobra, transformada a sus ojos, en el mayor peligro a que la ambición imperialista del poderoso, puede someter los más sagrados derechos de la debilidad inerme?

Hace un siglo que la libertad estableció en el mundo el único legítimo imperio: el de su derecho, el de su fuerza; condenando a perpetua derrota, todo falso imperialismo, toda maquinación de la soberbia vana y de la fuerza conquistadora, para restablecer en América el caduco reinado del amo que secularmente ultrajó a la libertad humana, en la servidumbre de su esclavo.

Parodiando las palabras dichas por Juan de Vinatea al Rey de Aragón, en el momento de conferírsele la Real investidura, las repúblicas hispano-americanas pueden decir al estrellado pabellón: "Si débiles somos separadas unas de otras, unidas y confederadas seremos fuertes, para imponer el respeto debido a la libertad y la soberanía de todas".

Con previsorā mirada, Bolívar fué incesante en procurar la organización de una Asamblea de repúblicas americanas, que fuera consejo en los grandes conflictos del internacionalismo continental, punto de contacto y fuerza unida en los peligros de cada una, intérprete de los tratados públicos, y supremo conciliador en los diferendos de nuestra gran familia.

No distinto fuera el consejo de Washington, si hablara, defendiendo de nuestro lado su fe política de libertad, creadora de un gran pueblo, galardonada con inmensa gloria. Nos diría él: "Vosotros que aun conservais la hidalguía de los sentimientos y el valor de la sangre, que tantas veces dieron libertad a vuestros mayores, así en España como en América; abandonad domésticas querellas, deponed enojos, olvidad agravios inoportunos ante desastres mayores; confederaos segun el pensamiento de Bolívar, creando y fortaleciendo el interés comun de la defensa, erigiendo el baluarte ante el cual el espíritu conquistador aprenda que la única conquista que un pueblo honrado debe hacer, es la de concordia, de universal y eterna justicia".

"Pensad siempre,—nos diría,—que la guerra de razas existirá mientras que el egoísmo común impere; porque el conato de la raza sajona no es otro que esclavizar a la raza latina, cuya vitalidad, no obstante, es imperecedera. Entre ambas, la una anhela la esclavitud de la otra, en tanto que

ésta se halla fuertemente poseída del sentimiento de su libertad. La sajona es la fuerza; la raza latina es el derecho, siendo ambas iguales en el deber de respetar la vida que les es común; no obstante que el sajón, que es fuerza en materia, aborrece al latino, que es fuerza sentida en espíritu; lo aborrece con el antagonismo que separa la ciencia que trabaja para la destrucción,—de la sabiduría que trabaja para la enseñanza. Son ambas razas dos vidas opuestas: la fuerte vida de la materia bruta, en pugna con la vida sentimental sufrida”.

“Pensad, naciones de la América,—diría,—en multiplicar las defensas, en la proporción creciente de vuestro mayor progreso, para que el derecho propio triunfe siempre de la agresión ajena; y no olvidéis que pueblos unidos en la lucha para debilitarse, son pueblos fraticidas que no vivirán más allá de la muerte”.

Lima, 9 de Diciembre de 1924.

Emilio Gutiérrez de Quintanilla.

De la Real Academia Española de la Lengua, en el Perú.

ERRATA NOTABLE

Léase en el antepenúltimo renglón de la pág. 452:
Por último, Rafael Heliodoro Valle leyó, & &.
